



Título del libro

Subtítulo del libro

Autor del libro

Sumario

Prólogo	13
La ciencia del razonamiento deductivo	13
Introducción	19
La exposición del caso	19
<i>En busca de una solución</i>	22
Capítulo I	23
La historia del hombre calvo.....	23
<i>Aventura nocturna</i>	27
<i>La tragedia del Pabellón Pondicherry</i>	27
Capítulo II.....	31
Se rompe la cadena.....	31
Epílogo	33
Agradecimientos.....	35
Sobre el autor.....	37
<i>Otros libros del autor</i>	37



Introducción

La exposición del caso

La señorita Morstan entró en la habitación con paso firme y porte airoso. Era una joven rubia, menuda, delicada, con guantes en las manos y vestida con el gusto más exquisito. No obstante, la discreción y sencillez de sus ropas parecían indicar unos recursos económicos limitados. El vestido era de color pardo grisáceo tirando a oscuro, sin cintas ni adornos, y llevaba un pequeño turbante del mismo tono apagado, alegrado tan sólo por un vestigio de pluma blanca en un costado. Su rostro no tenía facciones regulares ni una complexión hermosa, pero su expresión era dulce y amistosa, y sus grandes ojos azules resultaban particularmente espirituales y atractivos. A pesar de que mi experiencia con las mujeres abarcaba muchas naciones y tres continentes distintos, yo jamás había visto un rostro que ofreciera tan claros indicios de un carácter refinado y sensible. No pude evitar fijarme en que, al sentarse en el asiento que Sherlock Holmes le acercó, sus labios temblaban, sus manos se estremecían y todo en ella indicaba una fuerte agitación interna.

—He acudido a usted, señor Holmes —dijo—, porque en una ocasión ayudó a la señora de Cecil Forrester, para la que yo trabajaba, a resolver una pequeña complicación doméstica. Quedó muy impresionada por su amabilidad y talento.

—Aún no le he contado la parte más extraña. Hace unos seis años..., para ser más exactos, el jueves 4 de mayo de 1882, apareció un anuncio en el Times¹, interesándose por la dirección de la señorita Mary Morstan y asegurando que le convenía mucho presentarse. No se incluía ningún nombre ni dirección. Por aquel entonces, yo acababa de entrar al servicio de la señora de Cecil Forrester como institutriz.

Siguiendo su consejo, publiqué mi dirección en la columna de anuncios personales. Aquel mismo día, me llegó por correo una cajita de cartón, que resultó contener una perla muy grande y brillante. Nada más, ni una palabra escrita. Y desde entonces, cada año, por la misma fecha, siempre me llega una caja similar, conteniendo una perla similar, sin el menor dato de quien las envía.

Un experto dictaminó que son de una variedad rara y tienen un gran valor. Veán por sí mismos que son bellísimas.

Diciendo esto, abrió una caja plana y me mostró seis de las perlas más hermosas que he visto en mi vida.

—Su historia es la mar de interesante —dijo Sherlock Holmes—. ¿Le ha ocurrido algo más?

—Pues sí, y precisamente hoy. Por eso he acudido a usted. Esta mañana he recibido esta carta; tal vez prefiera leerla usted mismo.

—Gracias —dijo Holmes—. El sobre también, por favor. Matasellos de Londres, Sudoeste... Fecha, 7 de julio. ¡Hum! Huella de un pulgar de hombre en la esquina..., probablemente,

¹ *The Times* es un periódico nacional publicado diariamente en el Reino Unido. *The Times* fue fundado por John Walter en 1785 como *The Daily Universal Register*

del cartero. Papel de la mejor calidad. Sobre de los de seis peniques el paquete. Curiosos gustos los de este hombre en cuestión de papelería. No hay dirección. «Acuda esta noche, a las siete, a la puerta del teatro Lyceum, tercera columna de la izquierda. Si no se fía, traiga un par de amigos. Ha sido usted perjudicada y se le hará justicia. No avise a la policía. Si lo hace, todo será en vano. Su amigo desconocido.» Vaya, vaya. Pues sí que tenemos un pequeño misterio. ¿Qué se propone hacer, señorita Morstan?

Eso es precisamente lo que he venido a consultarle:

—En tal caso, desde luego que iremos. Usted y yo y... sí, claro, el doctor Watson es el hombre indicado. La carta dice que dos amigos. El doctor y yo hemos trabajado juntos otras veces.

—Pero ¿querrá venir? —preguntó la joven, con un tono de súplica en la voz y la expresión.

—Será un orgullo y un placer poder serle útil —dije yo, de todo corazón. (...)

Me senté junto a la ventana con el libro en las manos, pero mis pensamientos volaban muy lejos de las atrevidas especulaciones del autor. Mi mente corría hacia nuestra reciente visitante..., sus sonrisas, los tonos ricos y profundos de su voz, el extraño misterio que se cernía sobre su vida. Si tenía diecisiete años cuando desapareció su padre, ahora debía de tener veintisiete, una edad espléndida, cuando la juventud ha perdido su arrogancia y se vuelve algo más sensata gracias a la experiencia. Y así seguí, sentado y cavilando, hasta que surgieron en mi mente pensamientos tan peligrosos que corrí hacia mi escritorio y me sumergí con furia en el más reciente tratado de patología. ¿Quién era yo, un médico militar retirado, con una pierna débil y una cuenta bancaria más débil aún, para atreverme a pensar en cosas así? (...)

En busca de una solución

Eran más de las cinco y media cuando regresó Holmes. Venía contento, animado y de excelente humor, un estado de ánimo que en él se alternaba con accesos de la más negra depresión.

—No hay gran misterio en este asunto —dijo, tomando la taza de té que yo le había servido—. Parece que los hechos sólo admiten una única explicación.

—¿Cómo? ¿Ya lo ha resuelto?

—Bueno, eso es mucho decir. He descubierto un hecho muy sugerente, eso es todo. Eso sí, es muy sugerente. Todavía falta añadir los detalles. Consultando los archivos del Times, he descubierto que el mayor Sholto, de Upper Norwood, que sirvió en el trigésimo cuarto de Infantería de Bombay, falleció el 28 de abril de 1882.(...)

Capítulo I

La historia del hombre calvo

Seguimos al indio por un pasillo sórdido, mal iluminado y peor amueblado, hasta llegar a una puerta situada a la derecha, que abrió de par en par. Quedamos bañados por un resplandor de luz amarilla, y en el centro del resplandor se alzaba un hombre pequeño con la cabeza muy alta, una orla de pelo rojizo alrededor y un cráneo calvo y reluciente, que sobresalía del cabello como la cumbre de una montaña sobresale entre los abetos.

Estaba de pie, retorciéndose las manos y con los rasgos de la cara en constante agitación: tan pronto sonreía como ponía mal gesto, pero sus facciones no quedaban en reposo ni un solo instante. La naturaleza le había dotado de un labio colgante y una hilera demasiado visible de dientes amarillentos e irregulares, que procuraba ocultar sin mucho entusiasmo pasándose la mano por la parte inferior del rostro. A pesar de su prominente calva, daba la impresión de ser joven. Y de hecho, acababa de cumplir treinta años.

—A su servicio, señorita Morstan —repitió varias veces, con su voz aguda y penetrante—. A su servicio, caballeros. Por favor, pasen a mi humilde santuario. Un pequeño rincón, señorita, pero amueblado a mi gusto. Un oasis de arte en el ruidoso desierto del sur de Londres.

Todos nos quedamos asombrados por el aspecto de la habitación a la que nos invitaba a entrar.

Parecía tan fuera de lugar en aquella fúnebre casa como un diamante de la mejor calidad en una montura de latón. Las paredes estaban cubiertas por espléndidas cortinas y deslumbrantes tapices, recogidos aquí y allá para dejar sitio a algún cuadro lujosamente enmarcado o a un jarrón oriental. La alfombra, de colores ámbar y negro, era tan blanda y tan gruesa que los pies se hundían agradablemente en ella, como en una capa de musgo.

Dos grandes pieles de tigre extendidas sobre la alfombra acentuaban la impresión de lujo oriental (...)

—Soy Thaddeus Sholto —dijo el hombrecillo, sin dejar de temblar y sonreír—. Ése es mi nombre. Usted, naturalmente, es la señorita Morstan. Y estos caballeros...

—Éste es el señor Sherlock Holmes, y éste el doctor Watson.

—Un médico, ¿eh? —exclamó, muy excitado—. ¿Ha traído su estetoscopio? ¿Podría pedirle..., tendría la amabilidad de...? Tengo serias dudas acerca de mi válvula mitral, y si fuera tan amable... En la aorta puedo confiar, pero me gustaría conocer su opinión sobre la mitral.

Le ausculté el corazón como me pedía, pero no escuché nada anormal, aparte de que era evidente que sufría un ataque extremo de miedo, ya que temblaba de pies a cabeza.

—Parece normal —dije—. No tiene por qué preocuparse.

—Tendrá que perdonar mi ansiedad, señorita Morstan —dijo en tono afectado—. Tengo muy mala salud y hace tiempo

que sospechaba de esa válvula. Me alegra muchísimo oír que mis sospechas eran infundadas. Si su padre, señorita Morstan, no hubiera sometido su corazón a tantas tensiones, tal vez estaría vivo todavía.

Me dieron ganas de cruzarle la cara, de tanto que me indignó su cruel e innecesaria alusión a un tema tan delicado. La señorita Morstan se sentó, completamente pálida.

—Siempre tuve la corazonada de que había fallecido —dijo.

—Puedo darle toda la información al respecto —dijo él—. Y lo que es más, puedo hacerle justicia. Y lo haré, diga lo que diga mi hermano Bartholomew. Me alegro de que hayan venido sus amigos, no sólo para escoltarla, sino también para que sean testigos de lo que me dispongo a hacer y decir. (...) Pero que no intervengan extraños. Ni policías ni funcionarios. Podemos arreglarlo todo perfectamente entre nosotros, sin ninguna interferencia. Nada molestaría tanto a mi hermano Bartholomew como la publicidad.

Se sentó en un canapé bajo y nos miró inquisitivamente, sin dejar de guiñar sus ojos azules, miopes y acuosos.

—Por mi parte —dijo Holmes—, lo que usted vaya a decirnos quedará entre nosotros.

Yo asentí para mostrar mi conformidad.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —dijo Sholto—. ¿Le apetece un vaso de chianti, señorita Morstan? ¿O de tokay? No tengo ninguna otra clase de vino. ¿Quiere que abra una botella? ¿No? Muy bien. Confío en que no pondrá objeciones al tabaco, al balsámico olor del tabaco oriental. Estoy un poco nervioso y mi hookah es para mí un sedante maravilloso.

Aplicó una cerilla a la gran cazoleta de la pipa, y el humo burbujeó alegremente a través del agua de rosas. Los tres nos

sentamos en semicírculo², adelantando la cabeza y apoyando la barbilla en las manos, mientras el extraño y tembloroso hombrecillo de cráneo alto y reluciente aspiraba inquietas bocanadas en el centro.

—Cuando decidí comunicarle todo esto —dijo—, podría haberle dado mi dirección desde un principio, pero tuve miedo de que no hiciera caso de mis condiciones y trajera con usted gente desagradable. Así pues, me tomé la libertad de concertar una cita de manera que mi sirviente Williams pudiera verlos antes. Tengo completa confianza en su discreción y le ordené que, si no quedaba satisfecho, no siguiera adelante.

*Tendrá que perdonarme estas precauciones, pero soy hombre de costumbres reservadas, e incluso podría decir de gustos refinados, y no hay nada tan antiestético como un policía. Me repugnan por naturaleza todas las manifestaciones de burdo materialismo.*³

Casi nunca entro en contacto con la masa vulgar. Vivo, como usted ve, rodeado de una cierta atmósfera de elegancia. Podríamos decir que soy un mecenas de las artes. Son mi debilidad. Ese paisaje es un auténtico Corot y, aunque un entendido podría sentir ciertas dudas acerca de ese Salvatore Rosa, con este Bouguereau no puede haber la menor duda. Me encanta la escuela francesa moderna.

² Figura geométrica formada por la mitad de un círculo

³ Sistema filosófico, opuesto al espiritualismo, que considera que solamente existe la materia y que reduce el espíritu a una consecuencia de ella.

Aventura nocturna

La tragedia del Pabellón Pondicherry

Eran casi las once de la noche cuando llegamos a esta etapa final de nuestra aventura nocturna. Habíamos dejado atrás la niebla húmeda de la ciudad y hacía bastante buena noche. Soplaban un viento cálido del Oeste, y por el cielo se desplazaban densas nubes, entre cuyas aberturas asomaba de vez en cuando la media luna. Había bastante claridad como para ver a cierta distancia, pero Thaddeus Sholto descolgó uno de los faroles laterales del carruaje para iluminar mejor nuestro camino.

El Pabellón Pondicherry se alzaba en terreno propio, rodeado por una tapia de piedra muy alta y rematada con cristales rotos. La única vía de entrada era una puerta estrecha con refuerzos de hierro. Nuestro guía llamó a esta puerta con un típico toc—toc como el de los carteros.

—¿Quién es? —gritó desde dentro una voz ronca.

—Soy yo, McMurdo. Ya deberías conocer mi llamada.

Oímos una especie de gruñido y el tintineo de llaves. La puerta se abrió con dificultad hacia dentro y un hombre bajo y ancho de pecho apareció en el hueco; la luz amarillenta del farol caía sobre su rostro de facciones prominentes, haciéndole guiñar los ojos desconfiados.

—¿Es usted, señor Thaddeus? ¿Pero quiénes son esos otros? El señor no me ha dicho nada de ellos.

—¿Cómo que no, McMurdo? Me sorprendes. Anoche le dije a mi hermano que traería unos amigos.

—No ha salido de su habitación en todo el día, señor Thaddeus, y no me ha dado instrucciones. Usted sabe muy bien que debo atenerme a las normas. Puedo dejarle entrar a usted, pero sus amigos tienen que quedarse donde están.

Aquél era un obstáculo inesperado. Thaddeus Sholto miró a su alrededor con aire perplejo e indefenso. Y dijo...

—Esto no puede ser, McMurdo —dijo—. Si yo respondo de ellos, con eso debe bastarte. ¿Y qué me dices de la señorita? (ejemplo de “Primer párrafo salto” [con espacio anterior]).

—No puede quedarse esperando en la carretera a estas horas. (Ejemplo “Párrafo negritas”).

—Lo siento mucho, señor Thaddeus —dijo el portero, inextinguible—. (Ejemplo “Párrafo medidum”).

Esta gente pueden ser amigos suyos y no serlo del señor. (Ejemplo “Párrafo medium cursivas”).

Él me paga bien para que cumpla mi tarea, y yo cumplo mi tarea. (Ejemplo de “Párrafo cursivas”).

No conozco a ninguno de sus amigos. (Ejemplo del estilo “Párrafo”). (No ponemos tilde a los estilos para que no haya problemas entre distintos sistemas operativos: Mac, Windows y Ubuntu).

Una vez dentro, un sendero de grava serpenteaba a través de un terreno desolado hacia la enorme mole de una casa cuadrada y prosaica, toda sumida en sombras excepto una esquina, donde

un rayo de luna se reflejaba en la ventana de una buhardilla. El enorme tamaño del edificio, con su aspecto lóbrego y su silencio mortal, helaba el corazón. Hasta Thaddeus Sholto parecía sentirse incómodo, y el farol temblaba estrepitosamente en su mano.

—No lo entiendo —dijo—. Tiene que haber algún error. Le dije bien claro a Bartholomew que vendríamos, pero no hay luz en su ventana. No sé qué pensar.

—¿Siempre tiene la casa así de bien guardada? —preguntó Holmes.— Sí, ha seguido la costumbre de mi padre. Era el hijo favorito, ¿sabe usted?, y a veces pienso que es posible que mi padre le dijera a él cosas que no me dijo a mí. Aquella de arriba es la ventana de Bartholomew, donde cae la luz de la luna. Brilla mucho, pero me parece que dentro no hay luz.(...)

Levantó el farol y su mano se puso a temblar hasta que los círculos de luz empezaron a dar vueltas y parpadeos en torno nuestro. La señorita Morstan me agarró de la muñeca y todos nos quedamos inmóviles, con el corazón palpitando con furia y el oído aguzado.

Desde el gran caserón negro, atravesando el silencio de la noche, nos llegaba el sonido más triste y lastimero que existe: los sollozos agudos y entrecortados de una mujer aterrorizada.

fringilla orci, in dignissim lectus. Fusce sodales ut nisi consec-
tetur porta. Vestibulum eu congue massa. Sed sit amet lobortis
mi, vitae dapibus metus. Pellentesque facilisis aliquet dui, in
consectetur dolor commodo vitae. Vestibulum viverra ut diam
 eget condimentum. Phasellus a quam nulla. Fusce semper au-
gue et tellus varius, eu feugiat lacus molestie.

(...)

Sobre el autor

Arthur Ignatius Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en el número 11 de Picardy Place, en la ciudad de Edimburgo, Escocia. Pertenecía a una familia católica irlandesa que había proporcionado varios ilustradores y caricaturistas, entre los que destacaban su abuelo John Doyle⁶ y tres tíos de Arthur: el ilustrador Richard Doyle, quien diseñó la portada y cabecera de la revista Punch, el anticuario James Doyle y Henry E. Doyle, director de la Galería Nacional de Irlanda.

Otros libros del autor

- *Estudio en escarlata* (Novela, 1887)
- *El signo de los cuatro* (Novela, 1890)
- *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1891-92)
- *Las memorias de Sherlock Holmes* (1892-93)
- *El sabueso de los Baskerville* (1901-02)
- *El regreso de Sherlock Holmes* (1903-04)
- *Su última reverencia* (1908-17).
- *El valle del terror* (1914-15)
- (...)

Estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo, donde concluyó la carrera de medicina. Entre 1882 y 1890 ejerció como médico en Southsea (Inglaterra). Para redondear sus magros ingresos publicó una novela de intriga, *Estudio en escarlata*, que se convertiría en el primero de los sesenta y ocho

relatos en los que aparece uno de los detectives literarios más famosos de todos los tiempos, Sherlock Holmes.

Las novelas de Sherlock Holmes han suscitado un culto de gran arraigo tanto de los lugares e indumentarias del personaje como de su ficticio domicilio en Londres.

Existe una vasta cantidad de publicaciones pseudoeruditas que se ocupan del excéntrico personaje.

En un momento de auténtica inspiración, basándose en el copotragonismo de caballero y escudero en Don Quijote de la Mancha, modelo que tantos novelistas han seguido, Arthur Conan Doyle creó al doctor Watson, un médico leal pero intelectualmente torpe que acompaña a Sherlock y escribe sus aventuras. En julio de 1891 empezó a publicar en la revista *Strand Magazine* las andanzas de su personaje, inspirado en uno de sus profesores de la universidad, que abogaba por seguir estrictos razonamientos deductivos en todos los órdenes de la vida.

Dentro de la historia de la novela detectivesca, Holmes es en muchos aspectos heredero de Augusto Dupin.

En 1893, harto de Sherlock, decidió darle muerte en la ficción junto a su enemigo mortal, el maligno profesor Moriarty;

pero a causa de la presión de sus lectores, debió resucitar al detective en 1902, con *El sabueso de los Baskerville*. Doyle adornó a su personaje con ciertos rasgos muy reveladores de los estereotipos de la clase alta victoriana: afición a la cocaína, destreza en la música (sobre todo con el violín), bruscos accesos de euforia y de melancolía, misoginia y, por supuesto, patriotismo al servicio indiscutible del imperio inglés.

Protagonista de los tres relatos de Edgar Allan Poe (Los crímenes de la calle Morgue, El misterio de Marie Rogêt y La carta robada) que supusieron la fundación del género.

Junto con Agatha Christie, Arthur Conan Doyle es considerado el maestro de la edad clásica de la narrativa policial.

De este fervor da cuenta su apasionada escritura de panfletos y artículos a favor de su país en la guerra de los boers, como *La guerra en Sudáfrica* (1900), y también los seis volúmenes titulados *The British Campaign in Flanders* (1916-1919). Además de las novelas de intriga, Doyle practicó aceptablemente el género histórico en *Michael Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890) o *Rodney Stone* (1896), así como el drama en *Historia de Waterloo* (1894). Son curiosas sus incursiones en la ciencia-ficción: *The Lost Word* (1912) y *The Poison Belt* (1913). El autor sufrió una crisis tras la muerte de su hijo mayor en las trincheras de la Primera Guerra Mundial y se dedicó, con la energía que lo caracterizaba, a difundir el espiritismo, sobre todo en *The Wanderings of a Spiritualist* (1921) y *The History of Spiritualism* (1926). Cuatro años antes de morir publicó su autobiografía, *Memorias y aventuras*.